

## CÓMO SE LEGALIZÓ LO QUE SE LEGALIZÓ

La prensa internacional dio un tratamiento de «gran conjura» al acto histórico que reunió a Suárez, Martín Villa y el presidente del Tribunal Supremo antes de que el Ministerio de la Gobernación tomara el trascendental acuerdo consigo mismo de legalizar a los comunistas del PCE.

Ante todo hay que destacar que medio millón de agentes de la CIA siguieron a Carrillo y cuando comprobaron que se iba a París llamaron inmediatamente a un misterioso teléfono comunicando: «Jefe, el chico se ha ido». Al otro lado de la línea un hombre con gafas, de León y cuyo apellido siempre aparece como si fuera compuesto, el primero empieza por M y termina en tin y el segundo empieza en Vi y termina en a, entornó los párpados y comentó para sí: «Es el momento». Eran las cinco de la tarde, las cinco en punto de la tarde, y a unos cuantos kilómetros de distancia Fraga Iribarne sintió un agudísimo dolor entre ingle e ingle.

«¡Voto a bríos!», rugió, y saltó del sofá buscando a quien o quienes tan agudo dolor le habían infligido. Nadie alrededor. Un cruel presentimiento atenazó su corazón de león, de león, león, león y minutos después otro medio millón de agentes de la CIA le comunicaban por teléfono que el PCE acababa de ser legalizado. Fraga aulló como un lobo esteático y hubo que darle sales y cinco puntos de sutura. Inmediatamente telefoneó al misterioso hombre cuyo primer apellido empieza por M y termina por in y por V y lla y empezó a criticarle muy bravuconamente.

«Los muertos de la cruzada han vuelto a ser enterrados», empezó Fraga, pero el otro le salió virilmente al paso: «Corta el rollo, Manolo, que te hemos hecho un favor electoral y político de órdago. Estos tíos eran tan legalizables como cualquier otro y alguien tenía que legalizarles. Tú no lo hiciste y ahora podrás presumir de ello para atraerte votos franquistas que es lo único que vas a rascar... conqué danos las gracias y vete con los rugidos a otra parte». Fraga dio las gracias civilizadamente y en cuanto colgó el teléfono empezó a insultar a todo el mundo en medieval: ¡Bellacos! ¡Fementidos! ¡Ganapanes! ¡Felones! Pero sus fieles seguidores, mientras le besaban la mano, intercambiaban guiños de ojos porque sabían que el jefe en el fondo del fondo estaba contento.

Manolo V el Empecinado  
*Por Favor*, 18 de abril de 1977, n.º 146, p. 4